

## SENTIDO TRAGICO DE LA LIBERTAD EXISTENCIAL

*Por José Vicente Moreno,*  
Alumno de la Escuela de Periodismo.

¿La filosofía llevará al hombre a su máximo triunfo de educación, de paz y convivencia, o a su total destrucción?

Esta interrogante hay que someterla al juicio de los maestros de esa disciplina mental, para que sean ellos quienes digan la palabra concluyente. Sin embargo, se hace necesario aunque sea un modesto estudio sobre este tema tan interesante, para que al final siquiera quede una idea o huella de que estas cosas hondas de la educación, la cultura y la civilización nos interesan con sinceridad, al grado de preocuparnos y encaminar nuestros pasos hacia los autores que ya han conquistado galardón y renombre.

El tema planteado es digno de análisis. Pero lo haremos a través de una determinada corriente filosófica y así tal vez logremos extraer, aunque aproximadamente, algunas conclusiones que nos puedan servir de base para próximas meditaciones.

Se ha dicho en forma reiterada, que la segunda guerra mundial se debió precisamente *a un modo de pensar del hombre*, quien, por supuesto, creó aquel clima propicio para la matanza. Claro que así fue, porque la ciencia se puso al servicio de la barbarie. La ingratitud sólo fue una consecuencia, siendo el pueblo europeo (el de la mejor cultura moderna) quien sufrió de preferencia el terror y el hambre. Inglaterra vio bajar la muerte que se anunció con el estrépito de mil aviones alemanes y, a su debido tiempo, fueron estos últimos quienes aprendieron la lección de dolor, venganza y desolación que se produjo acompasado del horripilante

rugir de mil monstruos modernos. Pero el pueblo que se patetizó más, al adquirir relieves trágicos, fue el francés. Eso de comprender que su inexpugnable línea Maginot no le sirvió de nada y que sus soldados de infantería peleaban contra tanques; eso de que un pueblo valiente tenga que entregar los fusiles y por último, ver pasear por su ciudad la petulancia del conquistador, eso es como asistir a la confiscación de la Patria. Alguien trató de explicar tal situación, diciendo que este pueblo, con todo y su gloria, aceptó aquella realidad dolorosa como algo inevitable, pues los grandes viejos ya no estaban y, a cambio de esto, ocupaban el sitio las ideas de la guerra y la agitación de las masas humanas que se mueven tras las ideas. Esto hacía de Francia, dentro de aquel clima de incertidumbre y hasta de traición, un campo abonado para la conquista.

¿Pero cómo fue posible el que todo un pueblo llegara a acomodarse a una idea? Aquí se nos ocurre, porque salta a la vista (por razones que se verán con alguna claridad) una explicación puramente existencialista. Sí, claro, como que ésta es la corriente filosófica que imperaba en aquel momento. Y si es cierto aquello de que la filosofía (que puede ser un modo de concebir la vida) puede salvar o hundir al hombre, pues aquí hay algo parecido. Y podemos decir, con algunas reservas, que el Existencialismo que prevalecía en París, durante la guerra, era el de Heidegger, suplantado su espíritu estrictamente filosófico, por el existencialismo de Sartre en 1940, el cual, de acuerdo a todo lo que ha sido dicho por la crítica, este último rayó en lo literario y snobista, al grado de distorsionarse en interpretaciones tan fuera de lugar, poniendo oscuro su mismo contenido. Pero de todas maneras hay una cosa cierta y es la de que en aquella época había una corriente filosófica que ocupaba una enorme región de Europa, en donde se hacía sentir su influencia. Y esta era la Filosofía Existencialista.

Esperamos que no sea del todo mala una interpretación o una incursión, aunque parezca atrevida, sobre algunas de las cuestiones básicas de esta teoría filosófica, repitiendo, para mejor garantía, frases de autores conocidos que evidenciarán el propósito de este trabajo.

No sabemos si serán dignos de alabanza o quizá de responsabilidad, Unamuno en España y Heidegger en Alemania. Estos filósofos fueron quienes sacudieron las obras de Kierkegaard de su sueño centenario. Hay información sobre que don Miguel de

Unamuno muy bien pudo escribir sobre existencialismo sin haber tenido que leer a Kierkegaard, para lo que tuvo que aprender el idioma danés. Este es un dato curioso. Pero lo cierto y valedero es que aquellas ideas recién desempolvadas, adquirieron un sorprendente auge en los centros intelectualistas, llegando a constituirse en un verdadero movimiento filosófico, tan amplio y complejo, que dio lugar a la producción del cuento, del teatro existencialista y a la tertulia obligada sobre los temas favoritos como la soledad, la libertad, la vida, la muerte, la esencia, etc. Pero debido al mismo estilo y contenido de sus obras, llegó a producir desconfianza, por aquella excesiva capacidad de imaginación de los que se dieron a escribir literatura confusa. Sobre este particular decimos que no vamos a tratar aquí de hacer un análisis de cada uno de estos temas, por no ser este nuestro objeto inmediato. Pero a esta hora de relativa tranquilidad mundial, cuando los sucesos de Francia, frutos de su endémica anarquía, amenazan la IV República, se puede hacer de nuevo la pregunta: ¿cuál es el punto de partida del Existencialismo? Aunque se discuta en forma contraria, se ha puesto en claro, indudablemente, que el Existencialismo tiene como punto de partida al individuo. Creemos que este aspecto sí merece la atención de ser aclarado: cada persona parte; y se hace necesario que *comience por hacer el análisis de su propia existencia*, de sus propias experiencias. Por esto los existencialistas predicán: “sólo el individuo existe”. “Lo universal no existe”. Es así como entendemos con bastante claridad lo de que “el hombre en general no existe”. En realidad, mis experiencias no son las de nadie más que *las mías*; mi alegría, mi tristeza, mis esperanzas; la vigencia que doy a los valores en los asuntos de mi vida diaria, ante cada circunstancia, a cada minuto, son algo que sólo yo decido de acuerdo a mi voluntad, mi grado de comprensión y las mismas circunstancias.

Sobre el punto de partida INDIVIDUO podemos agregar ideas como éstas: “El hombre en general no se halla en ninguna parte”. “Lo que yo necesito es un sitio para mí”. De acuerdo con un razonamiento de este carácter forzosamente se ha de concluir aceptando que la justicia y la belleza no se hallan ni existen en forma pura o esencial, pues los valores se realizan en mayor o menor grado de perfección, en los actos de cada hombre. Es, pues, el individuo humano el único ser capaz de darse cuenta de que existe, pero con una existencia esencialmente individual, aunque esta individualidad esté sometida a cambios constantes. Se com-

prende, además, que el raciocinio es una actividad personal. Ya hemos visto que el criterio o punto de vista que se tenga sobre cualquier asunto de la vida, por trivial que sea, es una cuestión personal de quien reflexiona, de quien actúa. No es necesario ser un sabio para tomar una decisión, ya que cada quien tiene que sufrir las consecuencias de su propia conducta. Si alguien decide desafiar la ley, sufrirá una pena, y si se comporta en contra de la moral será reprochado por la sociedad. Así se demuestra que es sólo el individuo quien existe. Es él quien se da cuenta de que existe, en la primera instancia de su conciencia. De esto se sigue lo de que nadie puede ayudar a otro en su sufrimiento. Imposible. Esto es mentira. Lo que puede haber es condolencia. Pero el que se conduce únicamente está interpretando el dolor ajeno. En caso de llegar a sentir aquel dolor, ya sería su propio dolor, un dolor que percibe con su propio sistema nervioso. Lo mismo ocurre con la alegría. ¿Quién es capaz de reír por otro, si no es conociendo la causa que provoca aquel estado de ánimo? ¿Y el hambre? ¿Quién puede calmarse el apetito por otro? De acuerdo con este razonamiento se llega a la conclusión de que lo único que existe en forma esencial, por su calidad de percibir, de razonar, de concebir, de actuar, etc., es el individuo humano.

Pasamos a tratar otro aspecto que es inevitable y necesario ponerlo en claro. Se trata de la vida humana. ¿Qué es la vida? ¿Y qué es existir? Aquí no nos referimos a la vida que estudia el biólogo, sino a la vida en el sentido de lo que hace el hombre. No es la vida de unos órganos humanos, pues es con estos órganos con los que se hace la vida. Tampoco nos referimos al pensamiento aisladamente, porque también la vida humana se dirige con el pensamiento y con el cuerpo, en determinado ambiente. A todo cuanto rodea al hombre se llaman circunstancias, y todo esto (lo geográfico, lo histórico, lo económico, lo cultural, etc.), es lo que determina a la vida. Es entre estas circunstancias en donde se hace la vida; mejor dicho, es donde se va haciendo la vida del hombre. Aquí es preciso hacer notar que esta existencia no es la existencia de la piedra, pues la existencia humana tiene la característica diferencial de tener conciencia de sí misma. Es una existencia que decide. De aquí que el hombre vive decidiendo. ¿Y qué es lo que decide el hombre? Decide lo que va a hacer cada minuto. Pero antes está proyectando las acciones que va a ejecutar, así sean estas nobles o innobles, grandes o insignificantes, etc. Es en esta relación en donde está la vida. Pero la vida humana no tiene un destino

como puede tenerlo un tren que corre fijamente. La vida humana se va decidiendo, corrigiendo, y sólo llega a definirse con la muerte. Dice Heidegger que “el hombre vive para la muerte”; “el hombre es un ser para la muerte”; “la muerte es mi posibilidad desde que soy”. Luego entonces la vida tiene que ser una posibilidad de nuestras posibilidades. Por eso el hombre vive siempre esperanzado tratando de realizar sus posibilidades. Hay más: el hombre es libre para tratar de realizar sus posibilidades, ya que puede decidir sin poder sustraerse a lo que le ocurre por causa de sus decisiones. Esta es la existencia a que estamos sometidos y de la que no podemos escapar. De lo anterior se deduce, forzosamente, que el hombre está solo en sus decisiones, ya que nadie puede ayudarle a decidir frente a sus posibilidades, aunque no más tenga dos últimas alternativas: la vida o la muerte.

Vimos al principio que el punto de partida es el individuo. Este ser se da cuenta de que existe, y es la primera noción que tiene de sí mismo. El se da cuenta de que existe. Pero vemos, además, que este individuo existe en medio de una red de circunstancias. Estas circunstancias hacen que la existencia (aquí tomamos la existencia como un sujeto) tenga conciencia de sí misma y, además, se da cuenta de que existe en el mundo. Pero esta existencia no puede ser otra que la del hombre. ¿El individuo existe? Sí; pero *existe en el mundo*. Y ésta es la otra cuestión que tiene que ser admitida casi a un mismo tiempo que la anterior. El hombre tiene conciencia de existir pero en el universo, rodeado por todos los seres. Está ahí, recibiendo la influencia de todo y al mismo tiempo influyendo sobre esos mismos seres.

Vimos en un principio al hombre como a una individualidad solitaria, experimentando sus propias sensaciones y como abandonado a sus propias fuerzas. En esta angustiosa soledad se ve obligado el hombre, o mejor dicho, se ve forzado a trazar su propio destino.

Como resultado de esto, el individuo no puede tener una vida plena, pues a cada momento tiene que estar rectificando, eligiendo y volviendo a proyectar el bosquejo impreciso de su propio existir. Tiene libertad para eso. Hay más, es libre para conquistar la libertad, es libre para aguantar su propio dolor o para alejarse de la vida (“marcharse de la vida”, como dice Ortega y Gasset). Esta libertad de elegir es la que da al hombre su propia categoría zoológica y la conciencia de *estar en* el mundo; es lo mismo que

si dijéramos: el hombre mediante su cualidad especial de ser libre, toma conciencia de su propio existir y de ser una individualidad capaz de resolver sus propias situaciones problemáticas. Pero en todo esto hay en sí mismo una conciencia de esa escasez y limitación del hombre frente a las circunstancias que lo atajan y que muchas veces lo aniquilan. Porque cuando el individuo humano no encuentra soluciones victoriosas, se sume en la tristeza, pues tarde o temprano se entera de que está solo y desamparado. La angustia es entonces como una flor venenosa que brota del corazón solitario y sin consuelo. Aquí el hombre comprende que vive su tragedia. Pero como que siente un íntimo y secreto gozo al conducir su existencia, aunque sus decisiones le lleven al desastre. Pero vive convencido en el cruel abandono en que se halla, afectado espiritual y materialmente por múltiples peligros, de que sólo su propio esfuerzo puede ayudarle a encontrar las soluciones para calmar o extinguir aquel dolor que le martiriza.

\* \* \*

El hombre en un segundo instante de su conciencia se da cuenta de que existe en el mundo. A este respecto Pedro Caba dice: "el individuo humano oscila polarmente entre la soledad y la solidaridad. El hombre mirando las aguas profundas de sí mismo halla a los demás; cuanto más hondo mira a los demás, mejor halla la efigie de sí mismo. En la soledad de los otros halla su propia soledad. Está rodeado de soledad. Por eso los hombres se unen y reúnen y hallan una nueva y gigantesca soledad que brota de todos ellos..."

Esto lo resume todo y nos da las notas para comprender mejor el tema propuesto. Vemos al hombre desde la soledad de su existir, que es irrepetible y que nadie puede plagiar. Pero este individuo entiende a los demás hombres y se encuentra unido para formar la inmensa soledad mundial en la que se halla la humanidad entera. Pero hay además algo. Y es que como el hombre se entiende con sus congéneres, se hace señales, tiene voz y ha inventado el Arte para comunicar su angustia. Es en esta forma cómo de la soledad llega a la solidaridad, siendo capaz de tomar las más tremendas decisiones como fue la guerra mundial recién pasada y como también puede llegar a ser la guerra nuclear que hoy se prepara, envuelta en la mentira de una diplomacia incapaz de suprimir la guerra.

Analizada de este modo la cuestión se comprende que fue

una actitud del hombre la causa de las grandes guerras mundiales. Finalmente ¿qué nos depara el futuro? Un nuevo fantasma se alza ante nuestros propios ojos. Nos quedamos sin saber qué hacer. Hay otra guerra entre dos grandes pueblos que ya han trazado el plan de sus destinos, con un consciente forcejeo por sobrevivir frente al adversario, aunque haya necesidad de destruir los valores humanos y a sabiendas de que al final nada bueno se habrá ganado.

¡Qué doloroso es todo esto! Saber que el hombre es libre. Si no lo es, debe serlo. Está llamado a ser libre, porque es libre para serlo: para escoger la libertad o la esclavitud; para destruir la actual civilización, y si es necesario desintegrar pueblos enteros, aunque como resultado de este juego estúpido, quede desolada la enorme bola de nuestro planeta. ¡Quién sabe si nuestra madre tierra, por el necio empeño del mismo hombre tenga que crujir y hasta ver roto su maravilloso equilibrio universal, por la horrible, por la tremenda libertad que tiene el hombre para gozar su angustia!